



# NEGRIN: CENTENARIO EN LA SOMBRA

*Feliciano PAEZ-CAMINO ARIAS*

*Negrín mueve la cabeza. «¡Ah! ¡El día que pueda escribirse la historia!», exclama.  
(Manuel Azaña: Cuaderno de la Pobleña, 29-10-1937)*

**H**ace cien años nacieron, en lugares de la geografía española bien distantes entre sí, dos personas que llegarían a desempeñar papeles significativos en la historia de España del siglo XX: Juan Negrín (1892-1956) y Francisco Franco (1892-1975). Por una especie de paradoja geohistórica, el que, andando el tiempo, se consagraría como modelo de militar *africanista* nació en tierras gallegas, mientras que Negrín, considerado como ejemplo de científico *uropeísta*, vio la luz no lejos de las costas africanas, en el archipiélago canario. Ambos alcanzaron, con cierta brusquedad, el primer plano de la vida pública española en el fragor de la guerra

civil; claro es que, tras ella, el *caudillo* administró largamente los efectos de su victoria, mientras la imagen del *doctor* quedaba casi borrada por los derrubios de la derrota. Ninguno de los dos brilló especialmente por la originalidad de su pensamiento político, pero eso no impide apreciar sus perfiles ideológicos netamente contrastados: Franco fue ese hombre *de orden*, sumariamente reaccionario y de mezquinos horizontes intelectuales, en el que depositó su confianza lo más granado de las derechas españolas; Negrín fue ese personaje vitalista, genéricamente progresista y de muy vasta formación cultural, que por un tiempo encarnó las esperanzas de muchos defensores de la España republicana.

En el año que concluye, esmaltado de quintocentenarios, ni el primer centenario del nacimiento de Franco ni el de Negrín parecen haber llamado mucho la atención. Hay fundadas sospechas de que Franco (su persona, no la época de la historia de España asociada a su nombre) no da en realidad mucho más de sí. Los historiadores que de él se ocupan han mostrado su desazón tanto por la nimiedad humana del generalísimo, cuya roma personalidad resulta capaz de desalentar a esforzados biógrafos, como por el uso patrimonialista que de documentos relativos a su figura hace un reducto de hagiógrafos. En cuanto a Negrín, el centenario ha transcurrido en un discreto silencio sólo roto por alguna evocación inspirada por el deseo de despejar las brumas que con frecuencia han ocultado, o caricaturizado, la dimensión histórica del personaje (1).

Esa situación es bastante distinta de la que se produjo en 1990 con ocasión del cincuentenario de la muerte de Manuel Azaña (1880-1940), que constituyó una nueva oportunidad para apreciar el calado intelectual y moral del que fuera presidente de la República, y permitió que ese aprecio se hiciera desde diversas posiciones ideológicas. Las diferencias con Franco son, obviamente, abismales; pero ¿habría motivos para dirigir a Azaña y a Negrín una mirada que, siendo cordial sin renunciar a ser crítica, los valorara positivamente a ambos sin incurrir en incoherencia? Entiéndase que no se trata de forzar paralelismos entre figuras que presentan, en varios aspectos, rasgos no ya distintos sino polarmente opuestos. Para el historiador, existe un marcado contraste entre el obsesivo testimonio de sí mismo que, desde el poder, elabora casi cotidianamente Azaña, y ese carácter huidizo y un tanto ágrafo de Negrín que hace que sean tan escasas las fotografías y las páginas suyas. Bien sabidas son, por otra parte, las diferencias de actitud del presidente de la República y del presidente del Consejo con respecto a la marcha de la guerra. De la dureza del enfrentamiento entre ambas posiciones hay rotundas muestras en el diario de Azaña, aunque en él también queda huella de su confianza inicial en «aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín».

Y, sin embargo, cabe percibir, junto al contraste, puntos de contacto entre ambos personajes. En primer lugar, en cuanto a la traza de su acceso a la vida pública: ambos atraviesan primero una fase larga en la que la inquietud política se mezcla con actividades de signo netamente intelectual, mientras son conocidos y apreciados en círculos reducidos; luego hay una etapa breve, y resonante, de participación en actividades gubernamentales en un momento de conmociones políticas (el período entre abril y octubre de 1931 para Azaña, y entre septiembre de 1936 y mayo de 1937 para Negrín); y, finalmente, se produce el acceso a la dirección del Gobierno que es fruto, desde luego, de un determinado equilibrio de las fuerzas políticas pero también de la capacidad manifestada para infundir confianza, adoptar formas nuevas y sintonizar con expectativas populares al margen incluso de las organizaciones partidarias.

Podemos apreciar asimismo, tanto en Azaña como en Negrín, una voluntad de combinar el tesón con la racionalidad, y una capacidad para tener una visión global de los asuntos de España y para insertarlos en un contexto más amplio. En ambos personajes existen, en suma, esos elementos que confieren a determinados políticos la textura de hombres de Estado. Algo más les une: parece difícil encontrar dos protagonistas de la vida pública española de los años treinta sobre los que se hayan vertido mayores cantidades de odios y calumnias. Los que se vertieron contra Azaña, desde el mismo año 1931, procedían sobre todo del surtido arsenal de la derecha, si bien ésta ha intentado recientemente —no sin alguna tosca salida de tono (2)— respetar, y hasta *recuperar*, al personaje. En el caso de Negrín el asunto es más complejo porque los rencores, a veces acompañados de insistentes tópicos, proceden también de diversos sectores de la izquierda y, envenenados por el amargor de la derrota, no han encontrado, como en el caso de Azaña, el antídoto del testimonio escrito.

A falta todavía de una biografía sólida y pormenorizada de Negrín a la que remitir al lector, conviene esbozar algunos trazos biográficos, que pueden ser agrupados en cuatro etapas, correspondientes a la Monarquía, la República, la guerra y el exilio. La primera de ellas, de formación y de actividad profesional, se inicia con su nacimiento, en el seno de una familia acomodada y conservadora, en Las Palmas el 13 de febrero de 1892 y tiene hitos cronológicos tales como la adquisición del doctorado en Medicina en Leipzig en 1912, de la cátedra de Fisiología de la Universidad de Madrid en 1922, y su condición de secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria desde 1927. En esa etapa Negrín adquiere una considerable formación científica forjada en Alemania y que, desde los años de la primera guerra mundial, empieza a desarrollar en España en el campo de la Fisiología y al amparo de la Residencia de Estudiantes. Se manifiesta también su espíritu cosmopolita, su

capacidad de gestión y sus dotes como políglota. Algunos de quienes fueron entonces sus alumnos, como Grande Covián, lo recuerdan como un profesor emprendedor y estimulante que recomendaba el estudio de idiomas, la lectura de libros que no tenían que ver directamente con su asignatura pero sí con la actitud ante la ciencia (Descartes, Claude Bernard, Ramón y Cajal figuraban entre los autores) y que consideraba que ningún libro de texto podía suplir las ventajas de una información bibliográfica actualizada. Durante los años veinte Negrín, que no milita en ningún partido, aparece como un republicano de ideas avanzadas, comprometido con la modernización de España, en particular a través de la enseñanza y del desarrollo cultural, y dispuesto a apoyar con su fortuna personal empeños publicísticos de amigos socialistas como Alvarez del Vayo y Araquistain, tal cual lo haría más tarde con la revista *Leviatán*.

Es un Negrín próximo a la cuarentena el que en 1929, en las postrimerías de la Dictadura de Primo de Rivera, ingresa en las filas del PSOE. Publica entonces un artículo en *El Socialista* sobre La democratización de la Universidad en el que subraya la dimensión social y renovadora que corresponde a los estudios superiores y advierte contra «el narcisismo infecundo» que pueda atenzarlos. Proclamada la República, Negrín forma parte, en la estela de Indalecio Prieto, de la corriente socialista más dispuesta a contribuir al fortalecimiento de la democracia española. Fue diputado durante toda la vigencia del régimen republicano, representando a Las Palmas en la primera y en la tercera legislaturas y a Madrid en la segunda, ya que perdió el acta por su ciudad natal en el retroceso electoral de noviembre de 1933. Careciendo de grandes dotes oratorias, no tuvo intervenciones parlamentarias resonantes pero desempeñó un trabajo eficaz en la Comisión de presupuestos, en la que aprovechó su experiencia como gestor universitario y prefiguró su posterior responsabilidad ministerial. También puso en juego su capacidad para las relaciones internacionales como miembro de delegaciones españolas ante la Organización Internacional del Trabajo y la Unión Interparlamentaria Europea. Absorbido por estas actividades, hubo de apartarse de las labores investigadoras y docentes, siéndole concedida en 1934 la excedencia como catedrático, aunque conservó, hasta la guerra civil, su condición de secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. En 1936 figuró entre los socialistas que pretendían encauzar la presión popular, apaciguar los ánimos y prevenir el golpe de Estado; y desde el 18 de julio se integró en las filas de quienes estaban dispuestos a defender, con resolución y eficacia, a la República. En palabras de Juan Marichal —que es en este tema referencia magistral—, «el doctor Negrín al iniciarse el conflicto de 1936 se encontraba así en un estado de ánimo casi contradictorio: el de participar con toda su energía y toda su imaginación ejecutiva en una guerra que él había querido evitar» (3).

La entrada de Negrín en la esfera más visible de la actividad política tuvo lugar con la formación del Gobierno presidido por Largo Caballero, el 5 de septiembre de 1936. Se trata de una más de las paradojas del personaje ya que Negrín consideraba que ni la dirección ni la composición de ese Gobierno eran las más adecuadas para poner orden en la España republicana ni para suscitar el apoyo a ésta de las democracias occidentales. Con todo, asumió, a instancias de Prieto, la cartera de Hacienda y, tomando como colaboradores a algunos de sus antiguos discípulos (Blas Cabrera, Rafael Méndez), alcanzó un notable éxito en la organización financiera de la República en guerra. Convirtió el cuerpo de *carabineros* en una apreciable fuerza combatiente (en la que, por cierto, encontraron acomodo muchos antifascistas distantes del comunismo y del anarquismo), procuró un control efectivo de las fronteras, y llevó a cabo, con la anuencia del presidente del Gobierno, el traslado a la URSS de buena parte de los depósitos de oro del Banco de España, medida que ha constituido hasta hace unos años —en que el asunto ha podido ser estudiado con desmitificadora ponderación— una de las piezas esenciales de las diatribas contra Negrín.

Al producirse la crisis del Gobierno de Largo en mayo de 1937, el presidente Azaña tomó la decisión de encargar la formación de Gobierno a Juan Negrín. En esa decisión influyó el prestigio intelectual de éste y su gestión al frente del Ministerio de Hacienda, pero también el hecho de no figurar Negrín a la cabeza de ninguno de los grupos que en el seno de la España republicana pugnaban por ampliar sus cotas de poder, lo que no era óbice para su vinculación personal a Prieto, que asumía en el nuevo Gobierno la decisiva cartera de Defensa. Negrín dirigió desde entonces el Gobierno de la República en guerra, responsabilidad a la que, a partir de la remodelación gubernamental del 5 de abril de 1938, añadió la gestión directa del Ministerio de Defensa, tras hacerse patente el distanciamiento de Prieto con respecto a la política negrinista.

Los ejes de esa política fueron la reorganización interior de la España republicana y una decidida voluntad de resistencia frente al enemigo. Por un lado se trataba de restaurar, en lo posible, la normalidad de la vida civil y restablecer la vigencia del Estado republicano, sacudido por la sublevación facciosa y por la oleada revolucionaria que se desató en respuesta a ella. Tal había de ser además la base para la puesta en pie de un ejército disciplinado, capaz de plantar cara al de Franco. El conjunto de la acción política estaba inspirado por la decisión de resistir, entendiendo que sólo tal voluntad política podía forzar una negociación con un enemigo implacable. Paralelamente, se pretendía suscitar un cambio de actitud de las potencias democráticas para que éstas asumieran sus responsabilidades en la internacionalización de la guerra de España haciendo frente al expansionismo fascista al sur de los Pirineos. En

este punto, los acuerdos de Munich de septiembre de 1938 supusieron un rudo golpe para la supervivencia de la República española y ahogaron el renovado impulso manifestado a finales de julio con el inicio de la batalla del Ebro. Aún así, Negrín personificó la voluntad de evitar una desordenada rendición sin condiciones, pero la rebelión encabezada por el coronel Casado ahogó esas expectativas. La definitiva salida del presidente del Gobierno del territorio nacional se produjo el 6 de marzo de 1939.

Se inició entonces la última etapa de la vida de Negrín, que presidió el Gobierno de la República en el exilio hasta que en 1945 fue sustituido en ese cargo por José Giral. Tras su salida de España se estableció en París, donde puso su energía al servicio de la asistencia y el traslado de los refugiados españoles. Al producirse el avance alemán sobre Francia, se desplazó a Londres (tras ofrecer a Azaña la posibilidad de que lo acompañara) y allí intentó seguramente desempeñar un papel análogo al que otras circunstancias permitieron jugar a De Gaulle. Desde su salida de España escribió Negrín algunos textos de carácter privado pero de interés histórico, como los que conforman la ácida polémica epistolar con Prieto, mantenida en México en junio de 1939. En Londres presentó, con el título de *Ciencia y Gobierno*, una reveladora ponencia en el congreso anual de la Asociación Británica para el progreso de las Ciencias habido en septiembre de 1941, en plena guerra. Al concluirse ésta, se trasladó a México, donde vivió de 1945 a 1948, retornando luego a París.

En abril de 1948 publicó tres artículos en la edición europea del *New York Herald Tribune*, en los que abordaba el tema de la reconstrucción de Europa, afirmando que la integración económica habría de ser la base del acercamiento político; pero el aspecto más llamativo era un alegato en favor de la inclusión de España en el programa de ayuda a la reconstrucción europea conocido como *plan Marshall*. El argumento de Negrín era que los españoles no debían ser condenados a la miseria por el hecho de padecer un régimen que, por lo demás, muchos de ellos habían intentado evitar, y que el desarrollo social que de la ayuda económica pudiera derivarse no iba a consolidar más al régimen de Franco sino que podría ir creando nuevas condiciones para su disolución. En cambio, España debía ser mantenida, hasta que hubiera recuperado la democracia, al margen de proyectos políticos como la Unión Europea. Como se ve, no faltaba lucidez en los análisis y propuestas de Negrín que, en aquel momento, fueron acogidos con sorpresa y le valieron fuertes críticas incluso entre sus propios partidarios. También realizó gestiones para la entrega al Gobierno de Franco de la documentación relativa a los depósitos del Banco de España en la URSS. El 12 de noviembre de 1956 Juan Negrín murió súbitamente en París, víctima de una afección cardíaca.

Son varios los aspectos de la significación histórica de Negrín susceptibles de provocar interés y polémica. Comentemos brevemente tres de ellos: la naturaleza de su relación con los comunistas; las razones de su política de resistencia; y la propia peculiaridad de su presencia en la vida pública. El primero es un lugar común en cuanto surge el tema de Negrín. El que éste fue durante la guerra un instrumento, más o menos consciente, del Partido Comunista es un sambenito que no solamente le colocaron los franquistas (al fin y al cabo, hasta el más tibio liberal era para ellos un aliado del comunismo) sino también diversos sectores de la España republicana, incluidos varios de sus compañeros socialistas: Besteiro con particular énfasis, pero también Largo Caballero y el propio Prieto a raíz de su salida del Ministerio de Defensa en abril de 1938. El *Negrín criptocomunista* tiene un largo eco en la historiografía y ha llegado a constituir un cliché publicístico (4). Se basa, como buen tópico, en una combinación de certezas y de conjeturas y en una sesgada presentación de hechos en sí mismos ciertos. Se aducen, por ejemplo, obviedades como el aumento de influencia del PCE bajo los Gobiernos de Negrín (aunque también es cierto que el proceso se había iniciado antes) o el apoyo que la política negrinista de resistencia encontró entre los comunistas. Y a ello se añaden interpretaciones torcidas o simplemente anacrónicas: porque ya era *el hombre de Moscú* ocupó la cartera de Hacienda (en un Gobierno de Largo Caballero al que Prieto lo llevó poco menos que a rastras) y envió el oro del Banco de España a la Unión Soviética; y por esas mismas razones accedió a la Presidencia del Consejo (para la que lo nombró Azaña, tan riguroso con sus propias competencias como poco inclinado al comunismo) y se aprestó a someterse a los designios de Stalin. Por si faltara un detalle más personal, hasta estaba casado con una «soviética» (aunque en realidad el origen familiar de María Mijáilovich fuera la alta burguesía rusa prerrevolucionaria).

Sin embargo, no resulta difícil comprender por qué, brumas conspirativas al margen, existían razones objetivas para una convergencia táctica entre los propósitos de Negrín y la línea política que en aquel momento tenía marcada el PCE, y ello a pesar de la independencia de criterio de Negrín y de las considerables distancias ideológicas y socioculturales que lo separaban del comunismo. En primer lugar, la defensa de la República estaba condicionada por un contexto internacional en el que, ante la abstención de Francia y Gran Bretaña, sólo la URSS suministraba un apoyo sustancial a la República. Probablemente nadie hizo más esfuerzos que Negrín para suscitar un cambio de actitud en París, Londres o Ginebra y diversificar por ende los apoyos exteriores a la República, lo que hubiera reducido el poder mediatizador de la ayuda soviética. En cualquier caso, aceptar la condicionante alianza de Stalin para combatir el fascismo no iba a resultar una actitud excepcional: la practicarían poco después personajes de tan dudoso filocomunismo

como Churchill, Roosevelt o De Gaulle. Es de esperar, además, que al comunismo se le sigan pidiendo explicaciones por haber conducido muchas esperanzas humanas a un sombrío callejón sin salida, pero no por haber contribuido a la derrota del nazismo.

No fue sólo la significación de apoyo soviético lo que determinó la confluencia de los esfuerzos de Negrín con los del PCE: era que este partido encarnaba —no en exclusiva pero sí destacadamente— la voluntad de conseguir en las filas republicanas el orden y la eficacia necesarios para ganar la guerra. El que esa política estuviera acompañada de una voluntad de expansión del propio PCE o sometida al albur de un cambio de estrategia de la Internacional Comunista, no es óbice para que fuera percibida por amplios sectores como la posición más sensata en ese momento y constituyera una razón fundamental para el acercamiento al PCE de muchos combatientes antifascistas. Esa es una buena razón para que los comunistas —pero no sólo ellos: también muchos republicanos, socialistas y hasta algún anarquista— apoyaran la política de organización y resistencia que Negrín formuló y personificó.

Los fundamentos de tal política pueden reducirse básicamente a dos: la evolución de los acontecimientos internacionales, por un lado; el carácter y los objetivos del enemigo, por otro. No viene al caso debatir aquí en qué medida es exacto que la guerra de España fue el prólogo, o el primer acto, de la segunda guerra mundial. Lo cierto es que se inscribe, como la propia andadura de la República en paz, en un contexto exterior condicionante de la evolución de los acontecimientos españoles. En 1938 quien, como Negrín, conocía bien los grandes asuntos internacionales, tenía razones para pensar que la política de apaciguamiento de las grandes potencias democráticas frente a Hitler no podía durar mucho tiempo y que, para cuando concluyera, la República española debía seguir en pie, controlando una parte, siquiera minoritaria, del territorio nacional. La actividad desplegada por Negrín, particularmente ante el Gobierno francés y ante la Sociedad de Naciones, pretendía, además de aliviar la hipoteca soviética, unir la suerte de la República a la de los Estados democráticos de Europa.

Esas gestiones fueron llevadas a cabo por caminos poco habituales y que, para algunos, resultaban poco convenientes o sospechosos (a Largo Caballero le alarmaba incluso que Negrín fuera «acompañado de señoras con quienes no tenía ningún parentesco»). Jules Moch, que fue estrecho colaborador de Léon Blum y que mantuvo una relación de amistad con Negrín hasta la muerte de éste, recuerda que el presidente del Gobierno español «vino varias veces en secreto a París en avión de caza para ver a los mejores defensores de la causa española. Me avisaba de su llegada, sin que lo supiera su embajador, mediante telegramas firmados con un pseudónimo: *Navarro...*» (5).



Claro es que el objetivo político que, formulado a posteriori, podría enunciarse como «aguantar hasta la segunda guerra mundial», cabe oponerle la duda de si Hitler se habría embarcado en ésta de no haber dejado previamente cerrado el *asunto español*. A formularlo como duda, y no como certeza, contribuye el hecho de que, dos años después, Hitler no aguardó a dejar resuelto el *asunto británico* para embarcarse en la agresión a la URSS.

Pero no eran sólo razones de política internacional las que animaban a la resistencia. El horror de la represión desatada una vez que Franco cautivó y desarmó a los defensores de la República superó seguramente todas las previsiones, pero no podía ser una sorpresa para quien tuviera noticia de lo que ya estaba pasando en la zona controlada por los sublevados y conociera el carácter y los objetivos del caudillo. La España republicana no podía confiarse inerte a la piedad de sus enemigos; y no podía hacerlo por las mismas razones de humanidad que invocaban los partidarios de la rendición: para ahorrar sufrimientos y vidas, y para intentar garantizar un futuro de convivencia. El problema de los adversarios de Negrín, dejando aparte cuestiones personales y responsabilidades transferidas, es que difícilmente podían formular una política de guerra distinta de la suya que no consistiera en la rendición sin condiciones.

Es verdad que el cansancio por la guerra, las privaciones y los retrocesos era patente en la España republicana, y que se habían quebrado muchos entusiasmos revolucionarios de los primeros tiempos de la contienda. Pero es verdad también que la idea de que había que resistir, que la resistencia era ya una victoria y que para construirla hacía falta organización, estaba arraigada en muchos hombres y mujeres, dentro y fuera de las formaciones políticas. Negrín vino a formular con claridad ese sentimiento y a encarnarlo con entereza. Así se entiende la atribución popular de poderes casi taumaturgicos de la que fue objeto y de la que existen huellas verbales: las lentejas de la menguada dieta de la España republicana convertidas, con una mezcla de ironía y esperanza, en las *píldoras del doctor Negrín*. Vázquez Montalbán lo ha evocado en estos términos: «Que un doctor dominador de cinco o seis lenguas asumiera la papeleta de dirigir la resistencia de un pueblo conmovía a las masas, dispuestas a dejarse impresionar por los poseedores de la cultura. Había algo de prometeico en la actitud de Negrín, robándole el fuego o el saber a los dioses para dárselo a aquella España desgarrada y desescolarizada. Esa fue mi primera valoración infantil y de Negrín, corregida y aumentada años después por el conocimiento de la historia y sobre todo por los retratos indirectos del personaje...» (6).

La personalidad de Negrín resulta, en fin, tanto más llamativa cuanto que encuentra difícil parangón con la de otros líderes políticos de la España contemporánea. La amplitud de su cultura y del ámbito de sus

curiosidades, su capacidad para alternar con fluidez media docena de lenguas, y su propio talante vitalista, lo sitúan bastante al margen de las tradiciones, un tanto estrechas y adustas, dominantes en la vida política española. Negrín fue más tenaz en la acción constructiva que en la inquina, su indiscutible fortaleza de espíritu se hizo más patente en el combate que en el odio y, a la hora de ajustar cuentas sobre las responsabilidades de la tragedia, optó a menudo, con un fondo de orgullo, por el silencio frente a la algarabía. Eso ha contribuido seguramente a convertirlo en una *rara avis* a la que se aplican etiquetas simplificadoras pero que, en rigor, resulta difícil de etiquetar.

El franquismo lo honró, por supuesto, con su fobia pero sobre todo procuró borrarlo de la memoria, como se olvida un mal sueño. También encuentran razones para no guardar buena imagen de él los nacionalismos catalán y vasco y el anarcosindicalismo, aunque a ese respecto hay matices y alguna excepción. El que fue su partido, el PSOE, donde puede resultar herético poner en duda la santidad de Besteiro, no parece capaz (como lo muestra este centenario transcurrido en la sombra) de recuperar decorosamente la memoria histórica acerca del que fue el último socialista presidente del Gobierno español antes de Felipe González. Y, sin embargo, el interés y la admiración por la figura de Negrín existen desde diversas posiciones políticas —algunos socialistas incluidos— y permiten establecer una especie de sintonía, o de complicidad intelectual, entre quienes los profesan. Además, aquí y allá, se pueden espigar referencias positivas hacia Negrín por parte de gentes que vivieron su propia circunstancia histórica con una lealtad y una claridad de miras que no siempre tuvieron los que habían hecho profesión de la política. Véase un ejemplo, tomado de las memorias de Francisco Ayala (y que nos remite otra vez a la comparación con Azaña): «Demasiado tarde, pues, permitió el destino que entrara en juego una personalidad de tan altas prendas de gobierno como era don Juan Negrín, y una vez más se impone aquí la reflexión acerca del papel, quizá decisivo, que el azar desempeña en el curso de la historia. Si un hombre con [sus] cualidades (...) se hubiese hallado en posición de poder cuando todavía las cosas tenían remedio (y no digamos si hubiera sido él con su fabulosa capacidad ejecutiva, y no don Manuel Azaña, la figura dominante tras las elecciones de febrero del 36), otro gallo nos hubiera cantado...» (7).

Este hombre, en suma, que, a pesar de su condición personal excepcional —o tal vez precisamente por ella— encarnó y encauzó afanes populares muy amplios en tiempos tan decisivos como sombríos y que, como otros muchos españoles, estuvo dispuesto a no perder una guerra que antes había querido evitar es, a los cien años de su nacimiento, acreedor del homenaje de la historia. Un homenaje que, en consonancia con su figura, no puede ser el de la beata veneración, sino el del muy laico conocimiento.

(1) Recuerdo, particularmente, un brioso artículo de Santos Juliá titulado «La doble derrota de Juan Negrín» en el diario *El País* del 26-2-1992, p. 11; y la iniciativa de José María Marín conducente a la celebración de un par de conferencias en el Ateneo de Madrid, bajo la presidencia de José Prat.

(2) Valga un ejemplo, que nos consta personalmente: en noviembre de 1990, en Madrid, el concejal presidente de la Junta Municipal de Arganzuela, miembro del PP, prohibió, sin aducir más razón que su personal fobia al personaje, la celebración de dos conferencias sobre Azaña ya programadas, que habían de celebrarse en el Centro Cultural Casa del Reloj dependiente de esa Junta. Mientras tanto, el presidente de la Corporación municipal madrileña, a la sazón Agustín Rodríguez Sahagún, participaba en actos organizados por el Ayuntamiento en recuerdo del político alcalaíno, y el propio José María Aznar se esforzaba por adornar alguna de sus declaraciones públicas citando graciosamente a Azaña.

(3) Marichal, Juan: *El intelectual y la política*. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1990, pp. 92-93.

(4) Hace siete años *Historia-16* publicó un artículo de Burnett Bolloten en el que abundan las referencias que presentan a Negrín como instrumento de los comunistas. El artículo tiene un título sugestivo: «El extraño caso del doctor Juan Negrín»; pero en la portada de la revista se opta por un titular más contundente y consabido: «Negrín. El hombre de Moscú». *Historia-16*, año XI, n.º 117, enero de 1986, pp. 11-24.

(5) Moch, Jules: *Rencontres avec Léon Blum*, París, Plon, 1970, p. 213. Moch era, de antiguo, un amigo de la República española, autor, junto con Germaine Picard-Moch, de un temprano libro sobre el primer bienio de la experiencia republicana española (*L'oeuvre d'une Révolution: l'Espagne républicaine*, París, Rieder, 1933). En un coloquio habido en marzo de 1965 hizo referencia incidentalmente a unas memorias de Negrín, que éste esperaba que fueran publicadas tras su muerte. Véase Renouvin, Pierre: «La politique extérieure du premier gouvernement de Léon Blum» en *León Blum chef de Gouvernement, 1936-1937*, París, Armand Colin, 1967, pp. 371-372.

(6) El agudo testimonio de Manuel Vázquez Montalbán, fechado el 17 de julio de 1984, está integrado en el libro de Llarch, Joan: *Negrín ¡Resistir es vencer!* Barcelona, Planeta, 1985, pp. 79-81.

(7) Ayala, Francisco: *Recuerdos y olvidos 1. Del paraíso al destierro*. Madrid, Alianza, 1984, pp. 215-216.